

nómica para intentar transformar esta realidad concreta: la colonización de Sierra Morena y la Reforma Agraria de la II República.

Todos los autores destacan la calidad estilística de la prosa de Bernaldo de Quirós, Díaz del Moral nos dice que es un «elegante escritor». Martínez Alier nos habla de su «estilo esplendoroso». Ruiz Funes destaca su «expresión literaria extraordinariamente bella y sugestiva». Y, en fin, Jiménez de Asúa, que se consideró siempre su discípulo, ha evocado su estilo, «rico en matices y tan sugestivo por las elegantes imágenes». Cualidades todas ellas que hacen todavía más agradable la lectura de su obra (3).

Al final del volumen, y como complemento del Estudio preliminar, se incluye una cuidada y casi exhaustiva Relación de obras del autor, que contribuye en gran manera al mejor conocimiento de la labor realizada por este «sabio criminalista y sociólogo», como le calificara Díaz del Moral. ■ JOSE MIGUEL FERNANDEZ.

(3) Todos los datos y opiniones sobre la persona y la obra de Bernaldo de Quirós están tomados del Estudio preliminar de J. L. García Delgado.

**Noticia de un poeta y de una escuela distante**

La aventura poética segoviana constituyó uno de los lances más insólitos y subterráneos entre los acacidos en nuestro país. Frente a esa peculiar cristalización de lo tétrico tan característica de la posguerra y de las grisáceas y cutres tragicomedias provincianas desarrolladas en capitales de provincia, el talante poético ofrecía unas posibilidades de Itaca que, a pesar de sus límites, bastaban para adentrar un poco la faz innumerable del desastre. Y, además, resultaba entretenido: cada uno de los participantes en el ex-

perimento tenía asignado un capítulo del fundamental Ulises, dominando a la perfección los resortes de entonación y cadencia que hacían de su lectura rigurosa un quehacer encomiable; otra de las cosas que se dominaban a la perfección era el hambre, y, de vez en cuando, el ritmo de trasego de ciertas ginebras destiladas a pedal en alambiques y serpientes que hubieran hecho feliz a Nostradamus. De una u otra manera, había que hacerse ciudadanos, huyendo como fuese de las cotidianas insidias de lo deleznable. Así se llegó a cultivar una familiaridad muy particular con la cultura y el mundo de las ideas; una familiaridad bastante propicia a la carcajada, al susurro, al susurro de los fantasmas que circulaban de mesa en mesa, y absolutamente distante a la promoción académica. Se acudía bastante, entonces, al Párrafo para escuchar gregoriano, o para empeñarse en la consecución de algún transporte anímico que redimiera una vida cotidiana bastante alejada de la aventura, tan abundante en los libros que se devoraba. Hubo quien se leyó a todos los maestros rusos —y a algunos otros, ni tan maestros ni tan pesados—, al cobijo de aquellos muros que tanto calor proporcionaban en invierno como frescor en verano. Se aguardaba en agosto la visita de singulares caballeros pintores anglosajones, muy sonrosados y dados al «Manhattan», cuyos modelos morían luego de insolación posando impertérritos con el traje regional bajo un sol de justicia. De vez en cuando el sopor se precipitaba de tal manera, que había que ir a tirar piedras a antiguas casas solariegas abandonadas (abandonadas ya hasta por la Historia) que «resonaban a cráneo» con unos ecos tan sarcásticos como fascinantes. La mueca comenzaba a fructificar en estética.

Luego, y como pasa con todo lo que tenga que ver con la especie (o con la colectividad,

si se quiere), la cosa se deshilachó según sus miembros se entregaban con mayor determinación a otras prácticas memorables. Hubo quien abandonó el dar publicidad a la poesía, al ver publicada con erratas una de sus composiciones; otros se adhirieron al lufardismo más osado; los menos, se hicieron estructuralistas y algunos se dedicaron, ya de por vida, a la meditación en torno al Poder.

Ramón Ayerra es un producto típico de la escuela segoviana, que, ahora, tras un silencio quizá excesivamente prolongado, se ha decidido a publicar. Su entrega, *Las pequeñas cuestiones* (Ediciones Cultura Hispánica), de gran calidad, nos da noticia de un poeta que no debía haber aguardado tanto. Uno de los elementos que más rápidamente saltan a la vista en la poesía de Ramón Ayerra es la elocuencia de sus imágenes. Se trata de una elocuencia construida sobre imágenes cotidianas y fugaces, que mañana —es sabido— se repetirán, pero sin ser lo mismo, con esa melancolía y con esa persistencia inconstante de las cosas que incorporan realmente calidad emotiva a un paisaje o a un visillo junto al que giraron antaño conversaciones ociosas. Pues la poesía de Ayerra elabora esencialmente una descripción rememorativa —y a veces elegíaca— de una cotidianidad que, tachonada de elementos surrealistas y giros nerudianos, busca su conservación en la memoria mediante un ritual de complicidad. Y es que la búsqueda de la complicidad ante lo cotidiano es una actitud fundamental, creo, en Ayerra, apoyando una ironía a cuyo través las cosas y los pequeños, por más que reputados de importantes, negocios de los hombres cobran el único sentido digno de conservación.

El universo que esta entrega nos propone está compuesto por elementos que se diluyen, que están condenados a perecer, dejando tras de

sí una imagen producto del deterioro y del sentimiento, pero en cuya lenta descomposición se subrayan las desapariciones súbitas, inesperadas. Todo está condenado a perecer, pero no todo lo está con el mismo ritmo ni con el mismo sentido. Tal proposición deviene, creo que está bastante claro, en actitud estoica (se trata de una relación reversible), expresada con un particular sentido del humor. Son esos los caracteres que definen a un poeta que en su primera manifestación pública sabe desenvolverse con soltura y dominio de sus recursos, encuadrados en la tenacidad de un lenguaje austero y sobrio, de efectos penetrantes y resonancias líricas de gran calidad. En mi opinión, Ramón Ayerra es un poeta de fuste, que no debería guardar tanto tiempo sus composiciones. ■ EDUARDO CHAMORRO.



**Lorca en el Festival Internacional de Marionetas**

No deja de ser curioso que hayan sido los del Teatro Marionetas Tandarica, de Bucarest, quienes hayan permitido ver por vez primera en Madrid, en un solo programa de excelente nivel técnico, las tres piezas de títeres de Federico García Lorca. Títulan su espectáculo «Las tres mujeres de Don Cristóbal», adaptación y ordenación —suprimiendo reiteraciones y cuanto pudiera dañar la nueva continuidad y el nuevo ritmo— de «Amor con Don Perlimplín de Belisa en su jardín», «Retablillo de Don Cristóbal» y «Los Títeres de Cachiporra». El

Richard Burgin  
**CONVERSACIONES CON BORGES**  
 Julio Caro Baroja  
**DE LA SUPERSTICION AL ATEISMO**  
 (Meditaciones antropológicas)  
 Martin Jay  
**LA IMAGINACION DIALECTICA**  
 (Una historia de la Escuela de Frankfurt)  
*La Escuela de Frankfurt en Taurus Ediciones:*  
 Walter Benjamin  
**ILUMINACIONES I y II**  
**DISCURSOS INTERRUMPIDOS I**  
 T. W. Adorno  
**TRES ESTUDIOS SOBRE HEGEL**  
**LA IDEOLOGIA COMO LENGUAJE**  
 T. W. Adorno y M. Horkheimer  
**SOCIOLOGICA**  
 Alexander Misscherlich  
**LA IDEA DE LA PAZ Y LA AGRESIVIDAD HUMANA**  
 Hannah Arendt  
**CRISIS DE LA REPUBLICA**

SI LE INTERESAN LOS LIBROS DE TAURUS EDICIONES

diríjase a nuestro Departamento de Promoción (apartado 10.161), Madrid, trimestralmente una información más detallada de nuestras publicaciones.

Plaza del Mercado de San Mateo, 7 - Madrid-8  
**TAURUS**